

## El capítulo I cuenta cosas de los tiempos que, desafortunadamente, hace ya mucho que pasaron

Luki se llamó así desde siempre porque lo bautizaron con el nombre de Lukas. (Su hermano se llama Markus, y cuando su madre estaba embarazada por tercera vez, mi padre y mi madre apostaron una botella de Pernod a que el próximo hijo de los Dostal se llamaría Johannes o Matthäus. La apuesta resultó nula. El tercer vástago de los Dostal fue una Katharina).

Empezaron a decirle Luki-live cuando ya tenía más de diez años. Las palabras inglesas se le habían subido a la cabeza. Aquello era casi inaguantable. Se la pasaba diciendo *let it be* y *take it easy* y *go on*, y *shit* y *let me tell*, y cosas por el estilo. Todo cuanto decía iba sazonado, con palabrejas inglesas, más que el lomo mechado con tocino. Y cuando contaba algo, siempre remataba diciendo: “¡Lo tenías que haber visto *live!*”.

El par de bofetadas que en el otoño pasado le había propinado a Herbert, eso lo teníamos que haber visto *live*. Y cómo puso a la señora Dostal ante la opción de darle

más dinero para sus gastos o dejar sin vaciar el bote de la basura, era algo que teníamos que haber oído *live*. *Live* se había convertido en su palabra inglesa preferida, la que más le gustaba. (Otra cosa distinta era que en los trabajos de Inglés escribiera constantemente con “f” esa palabra. Ello se debe a que es disgráfico. Escribe 38 cuando quiere poner 83).

Hace algunos años que Luki no dice ya *live* ni otras palabras inglesas, salvo en la clase de Inglés. Pero los nombres son persistentes. A Fredi todos siguen llamándolo “la Bola”, a pesar de que hace mucho tiempo que está más flaco que un palo, y Érika continúa siendo “Mausi”, aunque ha crecido hasta alcanzar la altura de un metro ochenta centímetros y tiene la figura de un levantador de pesas al que las pesas se le hubieran caído dentro de la camiseta.

Luki se ha quedado con Luki-live. Hasta su misma familia se ha acostumbrado a llamarlo así. Y Katharina, su hermanita, le dice a secas “Live”.

Yo soy la única que lo ha llamado siempre Luki. Probablemente porque desde siempre le he tenido cariño. Pero de ello no me he dado cuenta hasta ahora. Antes no caí en ello. Luki y yo estábamos siempre juntos. No sólo en el colegio. Somos vecinos. A los dos nos llevaron al parque, en nuestras carriolas, uno junto al otro. Allí jugábamos con la tierra y juntos arrojábamos puñados de arena a los demás. Y cuando la maestra del kínder castigaba a Luki

en el rincón, yo me ponía siempre a su lado. La maestra del kínder acabó por renunciar a poner a Luki de cara a la pared aunque se portara fatal. La maestra no soportaba que su criatura más juiciosa —ésa era yo— estuviera en el rincón constantemente.

En la primaria nos sentábamos también uno al lado del otro. Esto, al principio, no fue tan fácil como podría imaginarse.

Nuestra profesora era vieja y bastante extraña. Tenía algo en contra de las clases en las que están juntos chicos y chicas. Al principio —esto se lo contó ella a mi padre— estuvo decidida a jubilarse cuando salió la nueva ley de educación mixta. Toda su vida había tenido grupos exclusivamente de niñas. Jamás quiso tener grupos de chicos. Y eso de tener mezclados a los chicos y a las chicas le resultaba espantoso de verdad.

Sin embargo, no llegó a jubilarse —esto se lo contó a mi madre— porque sentía temor a estar sola. Era soltera y no tenía hijos ni amigos. Y el problema de la educación mixta lo resolvió de esta manera:

Puso dos filas de bancas. Una fila junto a la ventana y una fila al lado de la puerta. En la fila de la ventana se sentaban las chicas, y en la de la puerta, los chicos. Y el pasillo que quedaba en medio era la frontera. Y resultaba más fácil entrar sin visado ni pasaporte en la República Socialista Checoslovaca que llegar hasta los muchachos a través de la frontera del pasillo.

Yo no respeté la frontera. Luki tampoco. A los dos nos ponía castigos. Cuatro líneas enteras con estos ejercicios: “Mi mamá me mima”; y siete líneas con estos otros ejercicios: “Tómate tu tomate”. Y entonces me puse enferma. Yo me pongo enferma siempre que me es enteramente imposible aguantar alguna cosa. No enferma de mentiritas, sino enferma de verdad, con fiebre y con erupción, o con dolor de panza y convulsiones del estómago, o con irritación de garganta. “Refugio en la enfermedad” es como se llama esta enfermedad, y mamá dice que contra eso no puedo hacer nada. Ella ha estudiado estas cosas. Es psicóloga.

Mamá dijo entonces que es totalmente equivocado querer cambiar siempre a los niños. No pensaba, dijo, hacer que me pusieran en tratamiento. (Ella misma no puede tratarme. Los psicólogos no saben de la propia familia más de lo que pueda saber la gente completamente normal). Mamá dijo luego que debía seguir siendo tal como soy, que ella intentaría poner en tratamiento “a las circunstancias”. Las circunstancias eran la profesora y la frontera del pasillo central. Mamá intentó convencer por las buenas a la profesora, y también por las malas. Y le escribió cartas, además, porque ella no podía ir continuamente a la escuela; trabaja todo el día.

La profesora siguió con su terquedad: la fila de las niñas, la fila de los niños, el pasillo central, ¡y se acabó! Entonces, papá estudió la Ley de Enseñanza Escolar, a pesar

de que era muy aburrida, y sacó en claro que no estaba permitido nada de eso de las bancas y del pasillo central y de la separación de sexos.

Mamá suspendió el tratamiento de la profesora. Se fue a ver al director del colegio y le explicó las leyes, y yo pude ponerme bien otra vez y sentarme al lado de Luki durante los cuatro años de primaria.

Y creo que al cabo de los cuatro años la profesora estaba también curada. En todo caso, nadie notó ya que tuviera nada en contra de la mezcla de niños en clase.

Hasta las vacaciones de verano, todo entre Luki y yo fue completamente normal y transcurrió en la mejor armonía. Luki y yo, en la última banca, junto a la ventana. Primero de secundaria, segundo de secundaria, tercero de secundaria. Luki en mi casa, haciendo tareas. Yo en casa de Luki, comiendo a mediodía y merendando. Y luego —según la época del año—, Luki y yo en el parque o en la pista de patinaje sobre hielo, o montando en trineo, o en el cine, o delante de la televisión. Y si uno de nosotros dos se presentaba solo en cualquier parte, la gente exclamaba enseguida: “¡Vaya, por Dios!, ¿está enfermo el otro?”. Y el otro, efectivamente, estaba enfermo.

## El capítulo II cuenta cosas de un retorno con tropiezos y de una llegada plena de insinuaciones

El último año de colegio, Luki estuvo a punto de tener que repetir un examen de Inglés. En realidad, cualquiera que en el primer año esté enamorado de las palabras inglesas puede ser que en tercero se vea casi al borde del suspenso; cosas así, desgraciadamente, ocurren. Y los padres de Luki dijeron entonces que lo mejor sería que Luki fuera en el verano a Inglaterra a un curso de vacaciones, por mes y medio, para que aprendiera inglés como es debido. Porque los nervios de sus estómagos no aguantaban y no podían continuar temblando y preocupados un año más por semejante tontería, por una calificación escolar.

Luki no quería hacer aquel viaje. Y cuando sus padres llegaron por fin a convencerlo, quería que yo fuera con él. Tenía miedo de encontrarse con tantos chicos desconocidos. Pero yo había estado ya dos veces en Inglaterra con mis padres, una semana cada vez, y en cada uno de esos viajes había perdido un kilo, porque los ingleses no tienen nada de comer, mejor dicho, nada que yo pueda comer. Bueno, un

kilo no es muchísimo, pero en mi caso existe la seria sospecha de que tengo tendencia a adelgazar. Papá dijo que me prohibía una dieta de hambre de mes y medio de duración. Además, mis padres querían ir a Italia. A Tellaró. Y a mí me gusta Italia, y, aparte de eso, nosotros sólo en vacaciones somos una verdadera familia, dijo papá. Y si yo no iba con ellos, dijo mamá, se sentirían los dos muy solos.

Nos fuimos, pues, por mes y medio a Tellaró, a la antigua torre de la ciudad, que se alza a la orilla misma del mar y que tiene unos muros de más de un metro de espesor. Cuando en la playa sube la temperatura a cuarenta grados y todos los turistas tienen miedo a enfermarse del calor, en la torre disfrutamos de un fresquito maravilloso.

Luki se fue a Inglaterra, en avión, a un campamento de vacaciones. De Inglaterra a Tellaró me envió una postal con un Beefeater y una postal de la reina, a la que le pintó bigote y gafas. (Pero esto fue muy al principio de las vacaciones).

En realidad, queríamos estar en casa dos días antes del comienzo del curso. Pero a nosotros nunca nos salen las cosas como las imaginamos. Papá se perdió, también esta vez, en el Tirol del Sur. Intencionadamente, dice mamá. A él le gusta el Tirol del Sur. Y siempre se mete por allí, apartándose de la autopista, arriba y abajo, por caminos estrechísimos entre viñedos y huertas. Y luego le da hambre de jamón del Tirol y sed de *Grauvernatsch*, que es un vino tinto; y cuando ha bebido y comido lo sufi-

ciente resulta que se hace ya bastante tarde. Y luego busca un atajo muy estudiado para volver a la autopista. Y al final es ya medianoche, porque los atajos de papá van haciendo círculos, y todas las veces acabamos pasando la noche a orillas del lago de Kalter, en casa del Barón. Este hombre se llama Barón sólo entre nosotros, por la distinción con que se comporta. Pero es el único hotelero, que yo conozca, que reúne estas condiciones: primera, es francés; segunda, tiene un ojo de vidrio; tercera, tiene seis gatos siameses, y cuarta, es el inventor de la publicidad en el cine. (El punto cuarto no hay nada que lo atestigüe, pero él lo afirma constantemente). El desayuno en el hotel del Barón dura siempre un buen rato, porque el Barón no tiene personal, y su esposa “sufre una dolencia”. Nunca conseguimos ver a la esposa. Y luego, papá visita además la bodega de vinos del Barón, que está en el segundo sótano, y mamá se dedica a correr detrás de los gatos.

Cuando, por fin, íbamos ya por la autopista en dirección a Viena, de un camión que iba delante de nosotros se desprendió un trozo de ladrillo, que vino a estrellarse en nuestro parabrisas, en el que hizo un pequeño agujero; a su alrededor, el cristal quedó primorosamente astillado. Papá paró en el acotamiento y quitó a golpecitos todo el cristal; sin parabrisas, seguimos el viaje a poca velocidad. Pero eso no podía ser. Soplaban un aire terrible. Mamá quería regresar a casa en tren y que papá se quedara con el coche. O dejar el coche en un taller y venir a buscarlo el



próximo fin de semana. Pero papá consiguió que viniera un mecánico, y enseguida nos colocó un parabrisas nuevo. Es que a papá no le gusta viajar en tren. Y dejar solo a su querido coche, eso, para él, está fuera de toda discusión.

A medianoche, por fin, llegamos a casa. Yo me fui inmediatamente a la cama porque estaba muerta de cansancio; pero siempre que estoy muerta de cansancio no puedo conciliar el sueño, y por eso oí que llamaban a la puerta; el timbre sonó corta y suavemente. Era la madre de Luki. Es una persona de las que viven de noche. Venía con un plato lleno de bocadillos y de pan, porque sabía que nuestro refrigerador estaba desconectado y vacío por completo. La madre de Luki es una mujer muy buena y muy simpática. Y le gustaba nutrirnos, además. Su mayor preocupación es que pueda tener hambre alguien a quien ella estima.

Mis padres estaban sumamente conmovidos con el detalle del plato de bocadillos y pan. Hicieron té. La madre de Luki se quedó con ellos; yo, medio dormida, oía como papá y mamá hablaban del Barón y del parabrisas, y luego, yo estaba ya casi dormida, la madre de Luki empezó de pronto a hablar de Luki. Decía que si había mejorado su inglés, eso ya se vería, pero que en Inglaterra se había vuelto loco del todo. “No reconocerán a ese loco”, dijo, y se echó a reír.

Yo no lo tomé ya en serio, porque los padres hablan a menudo de sus hijos de esa manera bromista y entre ri-

sitas, y se las dan de que saben mucho. Así, por ejemplo: “¡Ay, Dios mío, qué idiota tan encantador es este pequeño! ¡Y qué madre tan tolerante soy! Estos hijitos son, de verdad, una cosa rara”.

Y luego dijo además: “¡Imagínense que dijo que en Inglaterra se había convertido en otra persona!”. Y ahora se reían los tres a un tiempo. Y papá dijo luego que no había que tomárselo a risa, que los muchachos, a la edad de Luki, tienen especiales dificultades en la vida. Porque ya han dejado de ser niños, y todavía no han llegado a hombres.

Yo me dormí. Porque lo que de seguro venía a continuación, eso me lo sé de memoria. El caso es éste: en nuestra casa hay ocho viviendas. Nuestra casa tiene catorce años. Hace catorce años vinieron a vivir aquí ocho matrimonios, casi recién casados. Sólo los Krenn-Wulka no son matrimonio de verdad, porque Wulka tiene otra mujer, que vive en algún otro lugar. En todo caso, seis mujeres —mamá y la madre de Luki entre ellas— hicieron amistad. Tienen incluso reuniones fijas. Se ayudan mutuamente y, también, discuten muchísimo. La mayoría de las veces hablan de los maridos. Les gustaría que ellos fueran de otra manera. Se consideran oprimidas. No se ven oprimidas por nuestros padres en las grandes cuestiones, sino en las pequeñeces. Y éstas, dice mamá, son de especial importancia. De ellas se compone la vida entera. Hace falta, dice la madre de Luki, estar muy al tanto, cas-

tigar toda pequeña falta, para que nuestros padres no se conviertan otra vez en pachás y en patriarcas.

Y es seguro que mamá y la madre de Luki se indignaran en cuanto papá dijo que los muchachos, en la edad de Luki, tienen especiales dificultades. Estoy convencida de que le echaron en cara el hecho de no haber tenido en cuenta, una vez más, a las chicas de la misma edad, que, por cierto, tienen dificultades aún mayores. Y que él vive en un mundo de hombres. Que tiene una ideología masculina y una fijación en su papel, especialmente definido por el factor de sexo.

(No es que eso sea equivocado; lo que pasa es que me lo sé de memoria. Y a fondo también me lo sé. Y por eso me dormí, para estar bien descansada el primer día de clases).

### El capítulo III cuenta cómo yo quise que me tragara la tierra

Pero a la mañana siguiente no me hallaba bien descansada, y papá y mamá estaban todavía menos descansados. Después del largo paréntesis de las vacaciones nos faltaba ya el preciso entrenamiento para el horario de uso del baño (mamá, de 6:20 a 6:40; papá, de 6:40 a 6:59; Ariane, de 7:00 a 7:20). Nos hicimos un lío horroroso con el tiempo destinado al lavado de dientes, y ni siquiera en lo relativo a la taza del escusado resultó como es debido. No había leche en casa, ni panecillos, ni pan para hacer los sándwiches para el colegio. Y un vestido bien limpio y planchado, como corresponde a la solemnidad del primer día de clases, tampoco lo había.

Al salir de casa, al veinte para las ocho, y cuando me disponía a llamar a la puerta de al lado para recoger a mi Luki y me preparaba también a esperar unos minutos, porque Luki dista mucho de ser una flecha para estas cosas, salió Markus de la puerta de al lado colocándose a la espalda su enorme portafolio, y dijo: